

Reseña del libro
***La identidad nacional mexicana desde
 el pensamiento de Luis Villoro***
 de María de Lourdes Vargas Garduño
 Red Utopía, A.C., Jitanjáfora, Morelia Editorial. 2006.

SYLVIA SCHMELKES¹

*Directora, Instituto de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación
 Universidad Iberoamericana Cd. de México.*

Este es un libro accesible de filosofía sobre nosotros y nuestro futuro posible. Lourdes Vargas revisa el pensamiento de Luis Villoro en torno a la identidad mexicana y a muchos otros aspectos de su filosofía. Al hacerlo, nos invita a leerlo en original, pues tiene la virtud de enganchar al lector en la profundidad de sus planteamientos. Para hacerlo, Lourdes revisa 7 de sus libros: *Los grandes momentos del indigenismo en México*, *El concepto de ideología y otros ensayos*, *Estudios de historia de la filosofía en México*, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, *Creer, saber y conocer*, *El poder y el valor*, *Estado plural, pluralidad de culturas*, además de múltiples artículos y capítulos de libros.

Pero lo que nos presenta Lourdes no es sólo una síntesis del pensamiento de Luis Villoro. Lourdes retoma algunos autores que han influido sobre Villoro y presenta su pensamiento afín. Es el caso de Gaos, Gellner, Kymlicka, Habermas, Hegel, Paz, Taylor y otros. Además, Lourdes contrasta el pensamiento de Villoro con otros que han abordado los mismos temas y difieren en algo, o radicalmente, de sus planteamientos. Es el caso de Bonfil Batalla, Zea, Pereda, Portilla, Ramos y otros. Además, retoma el pensamiento de otros filósofos que abonan al pensamiento de Villoro, aunque no sean reconocidos por éste como influencias directas. Es el caso de Ricoeur, Todorov, Bartra, Beachot, entre otros. Esta lectura enriquecida o contrastada con múltiples otros pensadores sobre el tema de la identidad, el nacionalismo, el patriotismo, la utopía, la ética, y en menor medida, el multiculturalismo, hace de este libro un aporte especialmente valioso al estudio de estos temas filosóficos fundamentales para forjar a México y a los mexicanos.

Lourdes evidentemente admira, y con justicia, el pensamiento de Luis Villoro. No obstante, aprende de él, y no lo asume como ideología, sino que ejerce sobre su pensamiento el espíritu crítico, presente a lo largo de todo el libro pero que emerge especialmente en las conclusiones. Ahí resume lo que

¹ Comentarios leídos en la presentación del libro, en Morelia, Michoacán, el 4 de noviembre de 2009.

para ella son los aportes fundamentales de Villoro, pero también se atreve a señalar algunas limitaciones e incluso contradicciones. Eso hace de ella una todavía más fiel lectora de nuestro gran filósofo.

El libro es muy rico en temáticas. Aborda, como ya indicábamos, y como tema central, la identidad nacional. También recorre el pensamiento de autores diversos sobre los temas de nacionalismo y patriotismo, a los que Villoro se refiere en forma indistinta, pero no así los autores retomados por Lourdes como Habermas, Giddens, Weber, incluso Fichte, entre otros. Toca el tema del indigenismo, tan apreciado por Villoro sobre todo a raíz de la rebelión zapatista. Dedicar un capítulo entero al propósito fundamental de su libro, que es presentar la vía de la autenticidad, como opuesta a la de la singularidad porque se plantea el futuro y no el pasado, propuesta por Villoro, para la construcción de la identidad nacional. Enmarca esta propuesta en la otra más amplia de propio Villoro sobre el estado plural, marco de la identidad auténtica. No pretendo aquí comentar todos ellos, sino hacer una lectura, a partir de este trabajo, de dos temas fundamentales: nuestra multiculturalidad y la educación. El primero de estos temas, la característica multicultural de México y la necesidad de un estado que la reconozca, la respete, la permita, incluso la aliente, dentro de ciertos límites al relativismo extremo marcados por los derechos humanos, es tratado de manera transversal en todo el libro. El segundo, en cambio, no es objeto de estudio del mismo, ni de Luis Villoro. Sin embargo, siempre que se menciona, tanto en el trabajo de Lourdes como en el del propio Villoro y en el de otros filósofos que Lourdes revisa, adquiere una enorme importancia.

Sobre el carácter multicultural de México, quisiera resaltar su carácter problemático. Son las culturas indígenas las que principalmente nos definen como país multicultural, aunque obviamente no solamente éstas. Pero éstas tienen una característica básica que justamente definen lo problemático de nuestro multiculturalismo: Son culturas víctimas del racismo. El racismo es la causa de fondo de la discriminación, la explotación, el trato indigno, la consideración de inferioridad. Es también causa de fondo de nuestra dificultad con el mestizaje y de nuestra mestizofilia. Veamos:

México fue multicultural en tiempos prehispánicos. Los pueblos indígenas minoritarios fueron víctimas de poderosos imperios que, aunque los sometían y los explotaban con tributos, en general respetaron sus lenguas y sus culturas, y se enriquecieron con esta diversidad. Pero a partir de la llegada de los españoles, lo que caracteriza la historia de nuestro país es el temor a la diferencia y el afán homogenizador, en muy diversas manifestaciones, de quienes detentan el poder político y la posibilidad del dominio cultural en las diversas épocas. Dicho temor se manifiesta en su estado extremo en el afán de exterminio de los diferentes: la conquista fue una guerra de exterminio que, afortunadamente, en México no prosperó, por varias razones. Una de ellas, muy importante, fue la necesidad de

contar con la mano de obra indígena, sojuzgada y explotada, para explotar nuestros recursos naturales y sobre todo minerales. La explotación sustituyó al exterminio, pero la explotación es la forma de soportar la diferencia, asegurando el dominio sobre el otro diferente y justificándolo por su inferioridad. Con la independencia, que como bien sabemos hicieron los criollos, lo que importaba era forjarnos como nación – importantísima la lectura sobre el nacionalismo en este libro, que nos explica por qué lo importante al forjar nación es enfatizar la igualdad y despreciar la diferencia–. No había indios en México después de la independencia: había campesinos, trabajadores, ciudadanos, ciudadanos todos. Todos éramos iguales. Algunas voces disidentes, como Clavijero y Fray Servando Teresa de Mier, analizados por Villoro y reseñados en este libro, reivindicaron al indígena y a su influencia sobre nuestro ser mexicano, pero no dejaron de ser voces disidentes. El reconocimiento de nuestra diversidad representaba una amenaza contra una unidad naciente y por lo mismo frágil. La solución era decretarnos a todos iguales – otra manifestación histórica del temor a la diferencia. Nuestro excelso presidente indígena, Benito Juárez, con sus leyes de Reforma, eliminó legalmente una diferencia infraestructural, base de la subsistencia de los pueblos indígenas: las tierras comunales, que sufrieron como consecuencia de las leyes de amortización de las tierras de la Iglesia, en el entendido de que ninguna agrupación podía poseer tierras. No reparó en que en ello estaba la base del ser indígena, que él mismo había abandonado.

La revolución la batallaron los campesinos y los indígenas, porque permanecían en calidad de explotados, ahora sin tierras. Y los gobiernos post-revolucionarios reconocieron su deuda con los pueblos indígenas. Pero tampoco ellos aceptaron la diferencia, la temieron. Ahora se trataba de asimilar a los indígenas a la vida nacional, y en el entendido de que su ser indígena resultaba un obstáculo para hacerlo, lo que había que propiciar era que dejaran de ser indígenas.

Aquí entra el mestizaje como explicación de la posibilidad de este proyecto asimilacionista de nación. A diferencia de todos los demás países del continente, en México el mestizaje racial fue intenso. Algunos se explican esta diferencia, en su origen, por la existencia de un imperio donde la poligamia era precisamente signo de alianzas y conquistas imperiales. Entre sus primeras medidas, Cortés prohibió la poligamia de los dirigentes, sobre todo del emperador, que tenía más de 100 mujeres de los más diversos lugares del territorio imperial. Estas mujeres fueron dadas como esposas a los soldados de Cortés, quienes se fueron a los lugares de origen de sus mujeres a gobernar. Así, el gobierno, el poder, fue la mezcla de hombre español y mujer indígena en una gran parte de lo que ahora es México. Los mestizos resultantes de esa mezcla eran a su vez gobernantes. Ser “mestizo” era ser poderoso. Ese es el origen de nuestra mestizofilia. El mestizaje además se dio como consecuencia de la intensa convivencia entre

españoles e indígenas en los procesos de explotación de nuestros recursos. Fue tan intenso el mestizaje, que en el transcurso de tres siglos, la mayoría de la población mexicana pudo ser considerada mestiza. La cultura mestiza – ni española, ni indígena, y dudosamente “cultura” en singular – se volvió la cultura dominante.

De esta forma ser mestizo se convierte en el ideal del mexicano. Y puesto que fenotípicamente ya no hay diferencia entre el mestizo y el indígena, el mestizaje podía ser cultural: los indígenas podían decidir ser “mestizos”. Esto es precisamente lo que procuró favorecer Vasconcelos con su proyecto educativo en 1921: lograr que los indígenas quisieran ser mestizos. Su proyecto educativo – el más exitoso de la historia, posiblemente – precisamente consistió en lograr que los indígenas aprendieran español, abandonaran sus lenguas, y con ello también una parte importante de su cultura. Ha sido nuestro sistema educativo probablemente el principal responsable de la pérdida de nuestra diversidad lingüística y cultural. La manifestación actual del temor a la diferencia.

De ahí lo problemático de nuestro carácter multicultural como nación. Lo somos, en efecto. Todavía, a pesar de lo exitoso de los proyectos educativos que han luchado en sentido contrario. Pero es un multiculturalismo resistente, poco activo, en retracción como los glaciares, en muchos casos habiendo introyectado el complejo de inferioridad de ser indígena – nunca entre ellos, pero sí en su contacto, casi siempre denigrante y discriminatorio – con el mundo mestizo. Por su parte, la población mestiza no conoce, y por lo mismo no reconoce, este carácter multicultural del país, porque no ha convenido a las clases en el poder, que le temen a la diferencia, darlo a conocer. Es un multiculturalismo no asumido, ni por parte de los indígenas, ni por parte de los mestizos. México no lo aprovecha; no se enriquece con este gran valor que representa su diversidad. Estamos ante la paradoja que lo que nos caracteriza – y que por cierto, ahora nos define desde nuestra Constitución – ni se experimenta ni se asume por la población.

De ahí la importancia de que Villoro plantee una identidad que parta de la diversidad, que asuma y reconozca los valores de las diferentes culturas. Su universalismo lo conduce a plantear que este proceso debe conducir a asumir los valores de las diversas culturas que a todas satisfagan, le den sentido a la vida, permitan conciliar los derechos individuales con los colectivos. También dicho universalismo lo lleva a plantear el rechazo a valores que vayan en contra del ser humano, como el desprecio a las mujeres que muestran muchas culturas indígenas. En la forja de esta identidad auténtica, que piensa en nuestro futuro y no en nuestro pasado, Villoro plantea que la unidad nacional no sea producto de la homogeneidad, sino del respeto, así restringido, a las diferencias. Para ello propone un necesario ejercicio de definir un proyecto de nación que permita ir forjando, gradualmente, un estado plural que precisamente sea capaz de respetar

dichas diferencias y de encontrar los valores que, procediendo de todas las culturas, prueben su eficacia en el cumplimiento de tres funciones: explicar nuestra realidad, regular nuestra conducta y orientar y dar sentido a nuestra vida individual y colectiva. Un universalismo basado en un particularismo, creador de una utopía basada en una ética capaz de resistir el riesgo de convertirse en ideología.

Aquí es donde cobra importancia el proyecto educativo: como apoyo fundamental a la construcción de un proyecto de nación. Ningún filósofo le resta importancia a la educación como capaz de reproducir – transmitir – ni de transformar – irrumpir–. Es desde la educación que los seres humanos se comprenden individual y colectivamente. Es en el acto educativo donde pueden conocer y aprender a reconocer y a apreciar lo propio y lo diverso. Es a través de la creación social de los valores – en colectividad – que es posible acordar sobre aquello que vivimos y que no nos gusta, y sobre cómo quisiéramos vivir. Es ahí donde se desarrolla el espíritu crítico, necesario para el pensamiento disruptivo capaz de crear utopías. También es ahí donde aprendemos a participar y a hacer democracia, escuchando a los demás, especialmente a las minorías. Esto se llama educación intercultural: una que asume nuestra diversidad y que persigue, con base en el respeto, asumirla como riqueza. Ahí es donde puede comenzar, quizás, la construcción colectiva de una identidad auténtica, de un proyecto de nación.

Felicito a Lourdes por alimentar reflexiones como estas con su acucioso y completo estudio sobre el pensamiento de Luis Villoro, completado con sus propias propuestas. Invito a todos a leer este libro, a estudiarlo, a trabajarlo con sus alumnos. Y a leer a Luis Villoro, cuyo pensamiento es el objeto central de su estudio, en el original. Es sin duda uno de nuestros grandes filósofos contemporáneos.

Gracias.